

Emmanuel Carballo

El crítico de una época

Así, como el crítico literario de toda una época ha quedado grabado el nombre de Emmanuel Carballo en los anales de la cultura mexicana. Para recordar a quien fue un colaborador siempre bienvenido en las páginas de esta Revista, hemos reunido una serie de textos que señalan las estaciones de una trayectoria de escritura ambiciosa, inquisitiva y exigente.

Dos aportaciones del propio Carballo ratifican sus no escasas virtudes de entrevistador y memorialista. Por un lado, incluimos en este expediente el último texto que, pocos días antes de su fallecimiento, nos hiciera llegar: el relato de sus vínculos como editor con Reinaldo Arenas. Por otra parte, tenemos la conversación —inteligente y amena, como es la norma en su famosa recopilación de Protagonistas de la literatura mexicana— que Carballo sostuvo con José Luis Martínez.

La escritora Beatriz Espejo traza el retrato de su esposo no como hombre de letras sino el hombre de las pasiones compartidas a lo largo de su travesía vital. Silvina Espinosa de los Monteros ha recuperado un interesantísimo diálogo con Carballo. Felipe Garrido, Hernán Lara Zavala, Ignacio Solares y Guillermo Vega Zaragoza entregan sus lecturas y recuerdos del amigo y cómplice de aventuras literarias.

Vivir sin él

Beatriz Espejo

Lo he contado otras veces, pero ¿cómo no recordar nuestro primer encuentro? Parada en el estacionamiento de la Universidad lo vi venir. Alto, delgado, cabello ala de cuervo, corbata de moño, un optimismo exuberante que revelaban sus ademanes decididos y una confianza impertinente notable en el brillo agudo de sus ojos, en su perfil bien dibujado, en su boca de labios carnosos con un lunarcito debajo. Acababa de ofrecer una conferencia, lo cual se convertiría hasta su final, junto con sus artículos, en parte de sus actividades constantes. Salía escoltado por una cauda de jovencitas festivas, manojos de flores que seguían aplaudiéndolo; a su lado iba la maestra más prestigiada de la Facultad de Filosofía y Letras, por lo menos debido a sus actividades administrativas, María del Carmen Millán. Emmanuel me descubrió a la distancia esperando el coche que mandaban de mi casa para buscarme y como rayo se acercó mostrándose hechizado. Me preguntó por qué no había ido a escucharlo, haciéndome sentir una falta imperdonable. Dijo quién era, habló de sus colaboraciones, sacó a relucir “México en la Cultura”, *La Gaceta* y sus programas de radio y televisión, órganos de publicidad del Fondo de Cultura Económica, *La Gaceta Cultural del Aire*, XEQ y XEX, e *Invitación a la Cultura* del canal 5. Al menos en ambientes instruidos, todo el mundo los comentaba. Hacía entrevistas, prólogos, criticaba libros, levantaba polémicas y conversaba frecuentemente con Pita Amor; ojos redondos para mirar al mundo y boca feroz para comerse a sus amantes y los suspicaces no distinguían entre el lobo y la Caperucita.

En mi casa recibían dos periódicos que señoreaban el panorama informativo de entonces, *Excelsior* y *Novedades*, en cuyo suplemento Emmanuel era colaborador estrella. Lo oí con interés por su discurso, con asombro por su seguridad personal. Lo vi con encantamiento por su guapura; sin embargo, adopté displicencia asegurándole que no lo conocía y completé la faena desde el vidrio trasero del automóvil diciéndole adiós con los dedos de la mano. A la mañana siguiente me llamó. Salimos dos o tres veces, siempre escapándome de clases a las cinco de la tarde. Oíamos jazz en el único lugar que abría temprano y llenaba su local con Tino Contreras que fomentaba a sus seguidores o nos poníamos románticos escuchando (ahora sé que era premonitorio)

la voz de Rebeca cantando pausadamente, “temor de ser feliz... a tu lado. Miedo... de acostumbrarme a tu querer...”. Juntos intentamos conocer sin éxito a María Enriqueta y llegamos hasta su casa de la colonia Santa María, cerca del Quiosco Morisco, donde la secuestraban unos sirvientes que heredarían a la viejita.

Sin embargo, las escapadas duraron solo tres semanas. Cuando le entregaba un trabajo escolar, la misma maestra Millán me enteró de que Emmanuel estaba casado y tenía hijos. Algo que jamás se me hubiera ocurrido. Incompatible con mi catolicismo juvenil y mis circunstancias familiares. Desilusionada, no volví a contestar sus llamadas. Halagada, recuerdo el texto de un telegrama que mandó a Ciudad Victoria, donde me refugié en una fábrica textil de la cual papá era socio. Decía: “Mi amor crece con su ausencia”, más literario que real pero sugestivo no obstante el solemne usted según las formalidades del trato acostumbrado. Nunca lo tuve en mis manos y solo supe de su contenido porque mi padre lo interfirió iracundo de que un hombre comprometido enamorara a una muchacha de 17 años. Y para que la sangre no llegara al río juré solemnemente que mi honor seguía incólume y que las virginales relaciones estaban rotas.

Poco después, Juan José Arreola sacó *La otra hermana*, el primer número de sus Cuadernos del Unicornio. ¿Se trataba de mis primeras prosas medio publicables? Emmanuel escribió una reseña lúcida en la que dejaba traslucir cierto análisis psicoanalítico. Ahora veo que en este segundo aspecto no tenía mucha tela de donde cortar porque el escaso tiempo que salimos no alcanzó para conocernos bien. De nuevo causó la indignación de mi familia y a pesar de ello me invitó a un programa radiofónico. Algo inédito y emocionante. Juan José se unió al grupo de los indignados y decidió acompañarme como un San Jorge dispuesto a defenderme del dragón; pero el dragón resultó muy amable, le hizo publicidad al cuadernillo, a las colecciones incipientes y disfruté el trance, igual que antes y después otros autores jóvenes, de contestar sus preguntas reflexionando sobre la propia obra.

Por entonces había hecho ya su revista *Ariel* en Guadalajara y organizado la primera exposición de escultura abstracta en el país, por la cual lo acusaron a él y a sus amigos Carlos Valdés y Ernesto Flores de ser agentes de

la CIA, antipatriotas, enemigos de la Escuela Mexicana que marcaba, según David Alfaro Siqueiros, una sola ruta, y con tanto tesón y tantos frutos fincaron otros artistas de mucha monta. Emmanuel había también recibido algunos reconocimientos y demostrado que era un apasionado de su oficio, que adoraba la literatura quizá más que a los seres humanos y que también era bueno como él solo para resistir golpes y lisonjas sin que se le moviera un pelo. Trabajaba bajo la dirección de Fernando Benítez y desde su columna *El libro de la semana* se mantenía al tanto de lo más reciente que sacaban diferentes editoriales nacionales y extranjeras. Redactaba artículos fulminantes y extendía cartas de nacimiento o defunción. Descubrió autores noveles, redescubrió a otros que habían sido olvidados. Ganó enemigos y admiradores y empezó a tener prestigio por sus opiniones sustentadas en la honradez que no mira conveniencias. Sostuvo siempre esa lealtad consigo mismo y con los demás y lo demostró en todas sus actividades e incluso como jurado de premios literarios o simplemente como lector atento y sensible. Algunos escritores, me viene al pensamiento el nombre de Víctor Hugo Rascón Banda, dijeron que se les doblaban las piernas cuando le entregaban sus trabajos. Le tenían respeto y esperaban su veredicto entre temerosos y esperanzados. Ogro incorruptible comprometido con sus ideas, sostuvo de palabra y por escrito que su mamá lo enseñó a equivocarse solo y así le dedicó una antología importante sobre cuento y decidió que sus cenizas se cobijaran bajo la tumba familiar en su amada Guadalajara donde le rindieron homenaje luctuoso digno de un jefe de Estado bajo el Paraninfo de la Universidad alabado cada que se presentaba la ocasión.

No en vano alguno de sus escritos se llaman *Notas de un francotirador*. Debería incluir muchas otras no recopiladas. E incluso creo que a los siguientes tomos de tintes autobiográficos, *Diario público 1966-1968* y *Párrafos para un libro que no publicaré nunca*, les habría acomodado el título porque justificó su postura intelectual afirmando que el crítico es una figura incómoda pero necesaria.

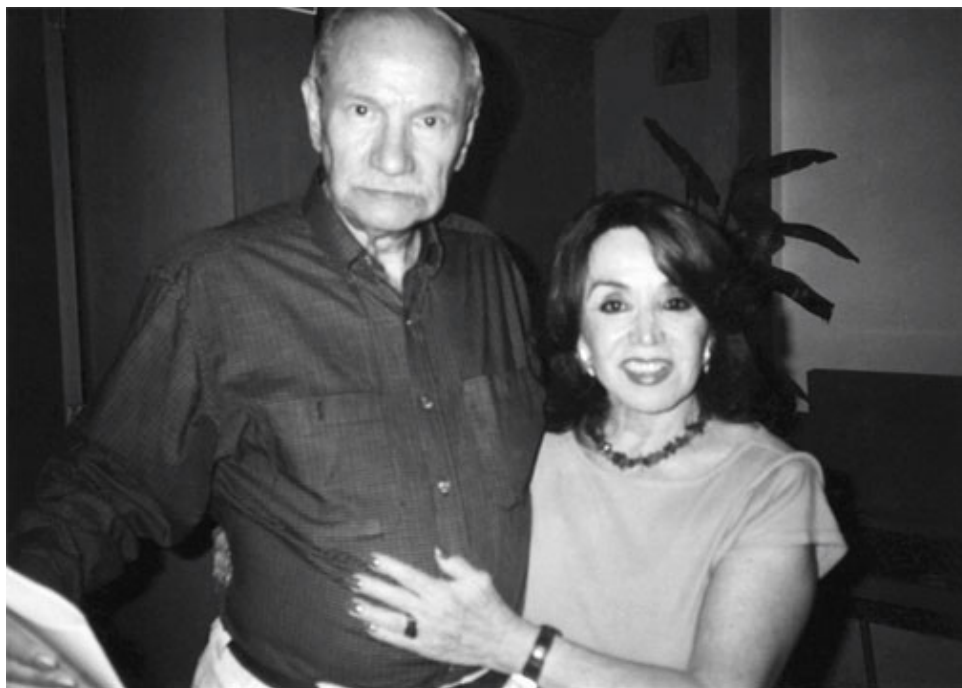
Por el tiempo a que me referí antes, Emmanuel ejercitaba ya sus verdaderas dotes inquisitivas en una serie de conversaciones que integraron *Protagonistas de la literatura mexicana*. Se sirvió del ensayo, la crónica, la erudición, la sagacidad. Inventó así un género de entrevista-ensayo para trazar líneas, fijar relaciones y ahondar en figuras que entonces empezaban a ser y hoy son honra y gloria de nuestras letras elevadas al Olimpo de los clásicos. Empezó por integrantes del Ateneo de la Juventud: Martín Luis Guzmán, Julio Torri, Alfonso Reyes, Genaro Fernández Mac Gregor, José Vasconcelos (quizá la mejor pieza de la serie). Siguió con Contemporáneos: Salvador Novo, Carlos Pellicer, Jaime To-



Emmanuel Carballo y Beatriz Espejo

rres Bodet, José Gorostiza. Los colonialistas: Artemio de Valle Arizpe, Julio Jiménez Rueda. Los integrantes de la gesta revolucionaria: Rafael F. Muñoz, Agustín Yáñez, Mauricio Magdaleno, Nellie Campobello, Ramón Rubín. Remató con jóvenes que cimentaban su reputación: Juan Rulfo, Juan José Arreola, Rosario Castellanos, Carlos Fuentes. Presenció el intercambio de cartas que cruzaron Elena Garro y él y la omisión de párrafos sangrientos contra Octavio Paz que creyó pertinente guardar en sus cajones. Desde luego Paz nunca se enteró. De haberlo sabido quizá no le habría espetado, desde la puerta de una recepción por algún aniversario de la revista *Vuelta*: “Te veo muy garrista”. A lo cual Emmanuel repuso: “No soy garrista ni pacista. Soy amante de la buena literatura”. Por eso mismo la última edición de *Protagonistas* incluye una entrevista con Octavio.

Me tocó presenciar la segunda parte de uno de sus diálogos más chispeantes. Carlos Pellicer nos invitó a merendar chocolate en jícara ahumada y tamales de pejelagarto en una noche cargada de emociones. Presentía su muerte y se despedía de los volcanes del Valle y de los amigos que estimaba. Me tocó dejar a Emmanuel, grabadora en mano, en Avenida Cuauhtémoc a las puer-



Con Beatriz Espejo

tas de la casa modesta habitada por Mauricio Magdaleno moribundo y lleno de rencores. De vez en cuando interrumpía la conversación, olvidaba al entrevistador e increpaba a Yáñez retándolo cuando se encontraran en el otro mundo (fueron, como se sabe, secretario y subsecretario de Educación Pública durante el gobierno de Díaz Ordaz). Resulta muy impresionante que a la hora de rendir el alma algunos personajes todavía guarden agravios, porque según yo ante la muerte nada debe importar.

Protagonistas de la literatura mexicana es una obra maestra en su tipo, un compendio imprescindible para los investigadores y para cualquiera interesado en saber cómo se gestaron algunas memorias, novelas, cuentos y poemas espléndidos. Emmanuel lo escribió gracias a su cultura, a sus investigaciones infaltables y a cualidades poco comunes que le permitieron valorar la trayectoria de cada entrevistado. Gracias también a su sensibilidad artística, pudo, sin quitarle fluidez, de polvo y paja la lengua oral y dejó las respuestas más sabias e interesantes. Siempre con esa prosa suya contundente, hizo gala de la malicia que le revoloteaba en la mirada y condujo a sus interlocutores hacia puntos álgidos que ninguno dejó de aclararle. Esto explica las aportaciones y pistas que aprovechan estudiosos de diferentes países, quienes a veces lo citan y otras simplemente se lo fusilan en ensayos y tesis de grado. Y hasta dio título a un programa deportivo, *Los protagonistas*, de José Ramón Fernández. Este libro conjuga varias características que definen a Emmanuel como escritor, un olfato muy fino para descubrir el talento, una información imprescindible sobre las distintas décadas que analiza y un agudo sentido del humor. En una portada memorable Rafael López Castro sintetizó su personalidad con un guante de box y una pluma Montblanc.

Supo pronto que pertenecemos a un país con gran capacidad de olvido. Dejó la reseña (que en su experiencia le acarrea enemigos cada semana) y adoptó la historia y las antologías literarias. De su enorme bibliografía, traigamos a cuento dos libros: *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX* y otro de gran actualidad, *¿Qué país es este? Los gringos y los Estados Unidos vistos por escritores mexicanos de los siglos XIX y XX*. Una cuestión de afinidades y profundas simpatías explica su admiración por José Vasconcelos, nuestro memorialista por excelencia, que encabeza la lista de sus autores preferidos. Supongo que de alguna manera le inspiró la novísima idea de sacar en Empresas Editoriales autobiografías precoces de muchachos en quienes detectaba un futuro prometedor. Abrió la serie Gustavo Sainz y siguieron Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Tomás Mojarro, Vicente Leñero —que ha llamado a Emmanuel un rompemadres porque menospreció *Los albañiles*—. Siguieron también José Agustín, Marco Antonio Montes de Oca, Raúl Navarrete, Sergio Pitol y Juan Vicente Melo. Se prometían otros textos, entre ellos uno de José Emilio Pacheco y otro de José de la Colina que nunca aparecieron y uno más de Parménides García Saldaña, con párrafos notables y demasiadas incongruencias. Se publicaban sesenta y tantas páginas prologadas siempre por el mismo Emmanuel. Al revisar la serie encontré una dedicatoria curiosa. Demuestra las volteretas que da la gente y la traigo aquí porque todo es materia de papel y tinta. Dice: “Para el verdadero Henríquez Ureña de cuando menos tres generaciones. Tres de literarios, una fallida muestra de verismo, este show insoportable de candor. Con odio porque me ha obligado a escribir. Con gratitud navideña. Con afecto para el resto del año. Carlos Monsiváis”. Imagino que le duró

el afecto el resto del año y luego se le acabó misteriosamente. ¿Porque Emmanuel ya no era uno de los capos de la mafia literaria? ¿Porque su nombre dejó de estar, donde estuvo años, en la enorme marquesina de las pérgolas de la Alameda hoy desaparecidas? ¿Porque Carlos ya no necesitaba vejigas para nadar? Recreo el asunto con mi desenfado entre veracruzano y yucateco, ya que Carlos y yo fuimos compañeros universitarios y eso me obliga a la benevolencia. Además él, inteligente y empeñoso, lo mismo que Pacheco, llevó a buen puerto e inició su fama gracias a unas antologías de poesía en los siglos XIX y XX, publicadas también por Empresas Editoriales. Emmanuel se las propuso y él mismo escribió la del cuento. Y yo ni siquiera empecé la de la prosa breve que me pidió. Estaba demasiado metida en mis problemas existenciales; pero todavía no termino de arrepentirme por haber perdido una oportunidad de las que no vuelven a presentarse.

Las autobiografías precoces duraron 36 meses. En 1968 subieron a la palestra unas hermanas mayores que casi nadie recuerda. David Alfaro Siqueiros, Marte R. Gómez, Ermilo Abreu, Jesús Silva Herzog, Vicente Lombardo Toledano, Alfonso Caso, Luis Garrido y Francisco L. Urquiza dejaron, como generales que fueron, cartas abiertas para los soldados todavía desconocidos de la pintura, la agronomía, la arqueología, la milicia, el socialismo.

En México las políticas y conveniencias literarias son como las olas del mar, avanzan y retroceden; sin embargo, nadie dudaría de que Emmanuel, nada envidioso del bien ajeno y contento dentro de su cuerpo, estimulaba vocaciones. Detectaba el talento y lo encauzaba cuanto podía incluso en la Editorial Diógenes, donde gastó la herencia que le dejó su madre. Redescubrió a viejos casi olvidados, valoró a eminencias de su generación, entendió a los llamados *onderos*, se deslumbró con Gabriel García Márquez y Julio Cortázar antes de ser entronizados a nivel mundial. Entendió que *La tregua* de Mario Benedetti era una novela notable (de la cual se han vendido millones de ejemplares) y apoyó a una serie de escritores cubanos de cuyos méritos ya nadie duda, como Reinaldo Arenas. Nos llevaría buen rato enumerar las escaleras que Emmanuel Carballo tendió o ayudó a tender para que otros las transitaran, desde múltiples revistas, suplementos, editoriales; desde sus cátedras universitarias y clases en la Sogem, desde incontables foros. Casi nunca se negó a presentar libros de autores por los que apostaba o a señalarles virtudes y defectos.

Aunque hizo cuentos y poemas rotundos, algo misóginos, muy interesantes y originales, su trayectoria lo llevó a la autobiografía con título desencantado: *Ya nada es igual*. Abordó su infancia, adolescencia y primera juventud en una Guadalajara reconstruida con esas pinceladas sensibles que la madurez siente por las etapas juveniles. Rescató en uno de los pasajes de mayor énfasis

la imagen de su padre casi borrada como fotografía desdibujándose bajo el sol, reconstruyó su cordón umbilical, pasiones deportivas, noviazgos, amistades, vacaciones en Los Reyes, Michoacán, la silueta sobria de la casa del puente, su casa. Y terminó el 13 de septiembre de 1953, recién casado, cuando abordó el tren rumbo a México para presentarse al Centro Mexicano de Escritores: compartía el honor con Rulfo, Arreola, Castellanos, Luisa Josefina Hernández, Alí Chumacero. Cada sesión debió de ser una gloria.

En *Ya nada es igual* habló de un catolicismo inculcado por los jesuitas, abandonado con escasos aspavientos. Al que debió más experiencias auditivas, olfativas y visuales que hondas revelaciones metafísicas. Los oros de custodias y retablos, la música de los órganos, el tintín de las campanillas y el olor de los incensarios en el supremo instante de la consagración lo llevaron a regiones de bienaventuranza que evoca nostálgico porque las gozaba sin poner los puntos sobre las íes o, a lo mejor, no obstante su extrema inocencia, ya los ponía. A propósito de su religión apuntó: “Si el infierno me parecía injusto y excesivo, si el purgatorio innecesario, al cielo lo consideraba una recompensa al que los hombres justos no podían aspirar con dignidad. Dios existe para todos y no solo para unos cuantos seres privilegiados. Por solidaridad y por conciencia de especie, el hombre debería revelarse contra la recompensa y también contra los intermediarios que en vez de aproximarlos a Dios lo alejan de los hombres”. Este párrafo tomado al azar retrata al contestatario, al inconforme, al que no se chupa el dedo, al ser humano preocupado por los demás y dispuesto a pagar los precios que le imponen sus decisiones.

Por último, necesito confesar lo complicado y doloroso que me resulta enjuiciar a una persona tan cercana, ligada a mi corazón desde que advertí que existían los conquistadores en el mundo, con la que acabaría casada después de algunas mutuas vicisitudes. Ratificamos nuestros votos en India frente al dulce embajador Julio Faesler. Un cuento mío intenta retratar su vitalidad imparable; se titula “Los delfinios blancos”, habla de un él y una ella que se encuentran y se proponen la felicidad. Por supuesto, dejé el final abierto... Como es fácil imaginar, tuvimos de todo. La mayor parte fueron tiempos aventureros y gloriosos premiados por un hijo extraordinario. Vivimos hombro con hombro casi 40 años. Disfruté su ironía, sus frases ingeniosas, sus gustos, su ternura, su bonhomía disfrazada de malignidad, las opiniones de las películas que veíamos juntos cada miércoles, su sombra protectora y hasta su genio explosivo. Disfruté su amor. Hoy me llena de tristeza la realidad de vivir sin él, no escuchar sus pasos de gigante recorriendo el pasillo ni verlo sentado a la mesa esperando su platillo favorito.